

JOHN KEANE¹
The University of Sydney

Cómo mueren las democracias, rápida y lentamente*

How Democracies Die, Fast and Slow

Recibido: 5/2/2023. Aceptado: 11/8/2023

Resumen: El espíritu y la sustancia de la democracia pueden perecer de múltiples maneras, a diferentes ritmos. Es necesario identificar y comprender estos ritmos variables del democidio, no sólo porque subrayan el punto descriptivo-analítico de que no hay una única forma en que las democracias se destruyen, o lleguen por accidente o por diseño a sabotearse a sí mismas. El conocimiento sobre los modos y ritmos variables de declive de la democracia sirve como detector de alertas tempranas, una forma de detectar los primeros síntomas de democidio para poder encontrar estrategias preventivas que defiendan y den vida a las democracias en apuros.

Abstract: The spirit and substance of democracy can perish in multiple ways, in different tempos. These variable rhythms of democide need to be identified and understood, not just because they underscore the descriptive-analytic point that there is no single way in which democracies are destroyed, or come by accident or design to sabotage themselves. Knowledge of the variable modes and rates of decline of democracy serves as an early warning detector, a way of spotting the first symptoms of democide so that pre-emptive strategies can be found to defend and enliven democracies in trouble.

Palabras clave: democracia, democidio, crisis, sociedad civil.

Keywords: democracy, democide, crisis, civil society.

¹ john.keane@sydney.edu.au.

* Las ideas centrales de este texto fueron presentadas en inglés en la conferencia “How Democracies Die, Fast and Slow. Lecture and conversation with political thinker John Keane and political scientist Carolien van Ham”. Radboud University, 1 de noviembre de 2022.

INTRODUCCIÓN

LAS PERSPECTIVAS NO SON HALAGÜEÑAS. La situación es seria: la “gran revolución democrática” de los tiempos modernos, como en su día la bautizara Tocqueville, parece estar llegando a su fin. Aunque existen numerosas contradicciones positivas que los observadores no mencionan, no son pocas las democracias que se hallan en apuros. El espíritu fugitivo de la democracia ha emprendido la huida. Algunos observadores, al recordar los desastres de las décadas de 1920 y 1930 —cuando perecieron la mayoría de las nuevas democracias—, sugieren que ha comenzado algo parecido a una contrarrevolución antidemocrática a escala mundial. Sus simplificaciones estereotipadas son cuestionables (como hablar de un conflicto mundial épico que contrapone la democracia y la autocracia), pero buena parte de los indicadores en los que basan sus puntos de vista son lo bastante reales. Nos llegan como noticias diarias de última hora. Guerras sucias en África, el mundo árabe y Europa. Neoliberalismo. Capitalismo de vigilancia. La codicia de los bancos. Inflación. Plagas. Quiebra de los sistemas de partidos. Conspiraciones y engaños en la política. Corrupción política. Escándalos sexuales. Misoginia. Violencia doméstica. Armas. Tiroteos callejeros. Ansiedad de la clase media. La furia de las clases populares asegura que la democracia es una mera fachada de la plutocracia. Populismo. Demagogia. Resurgimiento del fanatismo. Intolerancia religiosa. Falsedades mediáticas. Clima extraño. La extinción de especies. Inundaciones, incendios, sequías, malas cosechas, hambrunas. El discurso sobre la decadencia de Occidente. China. El despotismo ruso. Y ahora, como si la situación estuviera llegando a un punto crítico, una serie de insurrecciones violentas contra gobiernos electos.

El panorama es preocupante, de hecho. Desde mediados del siglo xx, la democracia no se había enfrentado a tantos problemas políticos, pero la cuestión de si —y en qué medida— estos síntomas impulsados por los titulares de última hora están alimentando una inminente crisis mundial de la democracia es hoy día objeto de un acalorado debate político entre académicos, periodistas y ciudadanos por igual. Los artículos y charlas sobre “la crisis de la democracia”, así como los estudios sobre el demicidio, cómo las democracias del pasado entraron en declive y murieron, están en plena eclosión. Con independencia de lo que alguien opine de estos comentarios, han conspirado para deslegitimar certezas asentadas. Se ven sustituidas por una mezcla de reacciones entre los estudiosos de la democracia que van desde la ansiedad progresiva y la indignación airada por el destino de la democracia hasta la perplejidad y un silencio taciturno.

Hasta ahora no se ha producido el rechazo frontal de los principios democráticos por parte de los intelectuales, como el que tuvo lugar por última

vez a gran escala durante los años 20 y 30 del siglo pasado —pensemos en H. G. Wells cuando dijo a los estudiantes de la escuela de verano de Oxford, en julio de 1932, que en la era venidera del colectivismo se necesitarían “nazis ilustrados” dispuestos a igualar el coraje enérgico de los fascistas continentales con el fin de dejar atrás la “indecisión dilatoria de la política parlamentaria” (WELLS 1932)—. No obstante, está resurgiendo la antigua ambivalencia liberal sobre la democracia; un ejemplo es la tesis de Yascha Mounck de que los derechos individuales se ven socavados por el ejercicio de la “voluntad del pueblo” (MOUNCK 2019). Además, surgen los primeros brotes de un nuevo y extraño tipo de fatiga frívola con la democracia, como en *The Confidence Trap* (2017) y *How Democracy Ends* (2019), de David Runciman. Estos dos estudios sobre la decadencia de la democracia “en los mismos lugares donde ha alcanzado sus mayores triunfos” (2019, 265) esbozan la suerte de las democracias —principalmente angloamericanas— durante el siglo pasado, desde el fracaso de Woodrow Wilson a la hora de promover la democracia tras la Primera Guerra Mundial hasta el práctico colapso del sistema bancario en 2008. La tesis de Runciman es que las democracias estatales se han visto infestadas de confusión, maniobras políticas arriesgadas e insensatas, y retrasos en la recuperación. No saben anticiparse a las crisis: las democracias tardan una eternidad en percibir las malas perspectivas. Se distraen fácilmente con acontecimientos mediáticos frívolos y falsas crisis, a la vez que se dejan seducir por su historial de éxitos (la trampa de la confianza). Las democracias, sobrecargadas por “las elecciones, la voluble opinión pública y los privilegios constitucionales” (2017, 202), suelen carecer de sentido de la urgencia o de la proporción. Se meten en crisis provocadas por fuerzas antidemocráticas tales como la guerra y los fallos del mercado. Después se quedan de brazos cruzados, normalmente durante tanto tiempo que al final se ven obligadas a entrar en acción. La imagen de las democracias durante los periodos de crisis “no es atractiva y genera un sentimiento generalizado de decepción” (RUNCIMAN 2017, 293). La resistencia de las democracias a la hora de gestionar las crisis lleva a Runciman a cuestionar el “perenne apetito democrático por escuchar lo peor de sí misma” (RUNCIMAN 2017, 230). En situaciones difíciles, las democracias suelen superar a las “autocracias” (su gestión de las emergencias se deja en gran medida sin debatir, lo cual constituye un gran defecto en todo el argumento). Con todo, las democracias, en su opinión, se ven paralizadas por el vicio de aplazar las cosas —por eso se ganan su reproche—. “Las democracias sobreviven a sus errores”, escribe. “Por eso, los errores continúan” (RUNCIMAN 2017, 294).

Resulta revelador que en estos dos libros falten ciudadanos reales, movimientos sociales, organismos de control del poder y otras fuerzas de la sociedad civil. Su apetito democrático “de exposición y confrontación” se tacha de

“grosería adolescente” (RUNCIMAN 2017, 212). Estas duras palabras ayudan a explicar por qué Runciman cree que las crisis las gestionan mejor unas élites políticas prudentes, dotadas de sensatez y seriedad, dispuestas a actuar con rapidez y decisión. Runciman es en realidad un demócrata a regañadientes cuya Ley de la Democracia Vacilante (llamémosla así) tiene un arraigo más profundo que el puñado de casos históricos cuidadosamente escogidos que utiliza para respaldar su argumentación. Es partidario de una versión de la anticuada visión elitista de la política de Max Weber; por eso, en estas obras admira a los líderes que se hacen respetar por sus acciones: animales políticos fuertes en “moderación, disciplina y acción coordinada”, personajes astutos con un ingenio afilado, líderes que, bajo presión, muestran la frialdad de un témpano, que saben cómo detectar una crisis y no se avergüenzan de golpear cabezas y pisar a la gente, para sobrevivir al momento del ajuste de cuentas. Del mismo modo, en el planteamiento de Runciman opera una extraña metafísica: la creencia —que se remonta al antiguo historiador griego Polibio— de que el declive y la decadencia son intrínsecos a la vida política. No es casual que Runciman nunca defina a qué se refiere exactamente con la palabra “progreso”, a pesar de que se utiliza de manera constante para medir el rendimiento de las democracias bajo presión. “El éxito continuado de la democracia crea las condiciones para que se repitan los fracasos, del mismo modo que los fracasos repetidos son una condición previa para su éxito continuado”. Es Samuel Beckett (“Vuelve a intentarlo. Fracasa otra vez. Fracasa mejor”) si le quitamos el humor negro. Basándose en metáforas organicistas de ciclos vitales, estos libros concluyen que la democracia —cuyos “cimientos” son las “elecciones periódicas”— se encuentra ahora en una “miserable madurez” y atrapada en “una prolongada desaparición” cuyo final se prevé triste. “La democracia occidental sobrevivirá a su crisis de madurez” (RUNCIMAN 2019, 234) indica. “Con suerte, saldrá un poco escarmentada, pero es improbable que la devuelva a su juventud. En cualquier caso, este no es el final de la democracia; pero así es como termina” (RUNCIMAN 2019, 234).

I. CATASTROFISMO

Otros intelectuales son menos nostálgicos y más francos que Runciman. Creen que la democracia va de cabeza al infierno. Dejando a un lado las numerosas excepciones y contratendencias positivas de nuestra era —ciudades democráticamente bien gobernadas y poderes judiciales resistentes, por ejemplo, o las incansables luchas de las mujeres por la dignidad y casos de éxito como el de la India, donde la democracia arraigó porque era la mejor forma

de garantizar la dignidad a muchos millones de ciudadanos pobres en una sociedad poscolonial de múltiples credos y lenguas—, estos académicos insisten en que el espíritu y la esencia de la democracia se encuentran ahora en peligro de extinción. Cuando se citan barómetros de la democracia e informes de encuestas, estos transmiten la certeza de que la democracia está “retrocediendo” hacia el borde del precipicio. Lo suyo es el desconocimiento de las tendencias contrarias positivas y sacar a ciegas las peores conclusiones posibles: el catastrofismo. Las colinas se convierten en montañas. Gracias a ellos, Schopenhauer de repente se ha puesto de moda en el mundo de la erudición sobre la democracia.

Es sorprendente la forma en que esta concepción del fin de la democracia tal y como la conocemos alimenta las interpretaciones catastrofistas de su rápido perecimiento, en un abrir y cerrar de ojos. El enfoque catastrofista —podemos denominarlo así— retrata la muerte de una democracia como un drama instantáneo. El tiempo se acelera. Lo familiar se desmorona a toda velocidad. Bajo presión, lo que se da por sentado deja de darse. La incertidumbre agarra las cosas por el cuello. Triunfa la liminalidad. La historia sucede en un instante. Según este primer punto de vista, las democracias de poder compartido suelen sufrir una muerte súbita, entre bocanadas de humo, luchas callejeras y tiroteos por doquier, o (como en las primeras democracias assemblearias) con el estruendo de los carros de combate y la lucha de lanzas y espadas.

La interpretación de la muerte súbita tiene una larga y venerable ascendencia, que se remonta a la antigua Grecia, donde, en condiciones de guerra, numerosas democracias assemblearias perecieron rápidamente a manos de conspiraciones dirigidas por oligarcas ricos y poderosos. El periodo de los Treinta Tiranos en Atenas (404-403 a. C.) es ejemplar. Según nos cuentan Aristóteles, Diodoro, Liasias, Plutarco y Jenofonte, la democracia ateniense, obligada militarmente a rendirse y a aceptar las condiciones de paz de Esparta, se vio sometida durante ocho sangrientos meses al gobierno despiadado de un comité formado por treinta oligarcas dirigidos por Lisandro en el que reinó el terror, el desarme y exilio de cientos de ciudadanos, el asesinato de los “extranjeros residentes” (*metoikoi*) y el acorralamiento y ejecución de Cleofonte y Androcles, entre muchos otros destacados demócratas.

El pensamiento catastrofista sobre cómo las democracias vivas de repente pierden el paso, tropiezan y se estrellan contra el suelo —democidio— continúa estando en boga. Durante la última década, según los observadores, se han dado numerosos ejemplos de la muerte rápida de la democracia. Entre ellos figuran el sorpresivo golpe de Estado militar contra el presidente Mohamed Morsi en Egipto (2013), así como los golpes constitucionales y el derrocamiento militar de gobiernos electos en Tailandia, Birmania, Níger, Chad, Mali, Guinea y Sudán. El repentino retroceso de los procesos de democratización

desencadenado por la intervención militar exterior, o las amenazas de invasión armada, figuran a menudo en las listas de los catastrofistas: el aplastamiento por parte de Israel del triunfo electoral de Hamás en las elecciones legislativas palestinas (2006), la invasión rusa de Ucrania en 2022 y el apoyo militar de Estados Unidos a la represión del rey Hussein contra un parlamento dominado por la oposición en Jordania (HAMID 2022). Entre los ejemplos más conocidos citados por los defensores de la interpretación catastrofista figuran la anulación de las elecciones multipartidistas en Argelia (1991) por parte de los militares, el derrocamiento de un gobierno provisional griego en vísperas de las elecciones (en 1967) por un régimen dirigido por coroneles, y el golpe de Estado militar de 1973 contra el gobierno de Allende en Chile —un momento muy grave y de gran dramatismo político, cuando el presidente de un gobierno socialista elegido democráticamente se despidió de su país en una emisión de radio en directo y luego se quitó la vida mientras las tropas, helicópteros de ataque y aviones de las fuerzas aéreas bombardeaban el palacio presidencial—. Entre los casos más lejanos de muerte súbita de la democracia se cuentan también el aplastamiento por el Pacto de Varsovia del gobierno de la Primavera de Praga de Alexander Dubček en agosto de 1968; la invasión militar de Hitler (a mediados de marzo de 1939) y la remodelación de las provincias de Bohemia y Moravia como protectorado alemán, bajo la dirección de un *Reichsprotektor*; las invasiones nazis posteriores de Luxemburgo, Bélgica y los Países Bajos, en las que la democracia parlamentaria murió repentinamente por los bombardeos aéreos, los tanques y las tropas invasoras; y la Marcha sobre Roma a finales de octubre de 1922, cuando las calles rebosantes de paramilitares con camisas negras y partidarios del Partido Nacional Fascista (PNF) celebraron con pan, vino y canciones la decisión del rey Víctor Manuel III de nombrar a Mussolini primer ministro de Italia.

Cabe entender que numerosos observadores interpreten las recientes insurrecciones contra la democracia en términos catastrofistas. Estas rebeliones populares resultan tan espeluznantes como inesperadas. Nadie preveía que Washington sería testigo de un asalto multitudinario organizado al Capitolio por parte de miles de manifestantes obcecados en anular un resultado electoral, jaleados desde arriba por un presidente derrotado y sus secuaces. O que en Fráncfort, en una redada policial al amanecer, un príncipe —con el presunto respaldo de una red de 20.000 radicales de extrema derecha conocidos como *Reichsbürger* entre los que se encontraban un famoso chef, un juez, médicos, un traficante de armas, expolicías y antiguos militares— fuera detenido como sospechoso de liderar un complot para asaltar el parlamento y derrocar violentamente al gobierno electo con objeto de establecer un nuevo *Kaiserreich* alemán. Asimismo, pocos predijeron que miles de ciudadanos pro-Bolsonaro

invadirían y ocuparían la Plaza de los Tres Poderes de Brasilia; o que estos ciudadanos crispados, que clamaban por una intervención militar, asaltarían —con la ayuda de la policía local— el palacio presidencial, donde destruyeron obras de arte y lanzaron muebles destrozados por las ventanas rotas; saquearon salas ceremoniales en el Tribunal Supremo; robaron equipos informáticos que contenían información sensible, y activaron sistemas de rociadores para inundar partes del edificio del Congreso.

2. GRADUALISMO

Los periodistas aficionados a los titulares dramáticos se lanzan sobre estos acontecimientos. Exageran las cosas y las comparan con el fallido *putsch* de Hitler en la Cervecería a principios de noviembre de 1923; dicen que la democracia está “retrocediendo” camino a un abismo. Tales exageraciones tienen mérito; nos recuerdan la enorme fragilidad de la democracia, sobre todo el modo en que forjar una democracia —que puede llevar una vida entera o más— es una tarea mucho más ardua que su destrucción, que puede producirse en un abrir y cerrar de ojos (o *ein Augenblick*). Las historias de muerte súbita, tal como las narran los periodistas, tienen otra ventaja: obligan a incluir en la agenda política cuestiones tácticas delicadas sobre la mejor manera de prevenir insurrecciones sin arruinar ni el espíritu ni la esencia de la democracia. ¿Las férreas medidas contra los insurrectos y sus aliados pueden lograr legitimidad pública, por ejemplo, si recaban activamente el apoyo mayoritario de las redes ciudadanas de base? ¿Son compatibles la detención, condena y encarcelamiento de conspiradores con la libertad de los medios de comunicación y el respeto al Estado de Derecho? ¿Se puede persuadir al ejército de forma democrática para que mantenga la lealtad y permanezca en sus cuarteles, y no apunte con sus pistolas de gas pimienta, tanques y helicópteros a ciudadanos inocentes?

Son cuestiones difíciles y urgentes para las democracias que se enfrentan a insurrecciones, pero resulta que quienes las sensacionalizan hacen un flaco favor tanto a los estudiosos como a los ciudadanos. Las insurrecciones no constituyen la amenaza más grave para la democracia; durante la última generación, como recoge *The Life and Death of Democracy* (KEANE 2009), hubo numerosos casos de gobiernos de poder compartido que perdieron el rumbo y encontraron su final de manera inesperada. Sin duda, la impresión de que las democracias fallecen de muerte natural y de repente se ha hecho creíble y se ha amplificado gracias a las plataformas mediáticas que difunden noticias de última hora, ávidas de grandes audiencias. No obstante, el valor de interpretación catastrofista del demicidio para dar sentido a la ruina de la democracia

es limitado. La inquietante verdad es que la democracia puede destruirse de múltiples maneras y a diversos ritmos. Como veremos ahora, el demicidio puede producirse de forma más o menos rápida; más o menos lenta. Es preciso identificar y comprender los distintos ritmos, no solo porque enfatizan el fondo descriptivo-analítico de que no existe una única forma de destrucción de las democracias, o de que lleguen por accidente o diseño a autosabotearse. Existen asimismo implicaciones estratégicas y normativas: puesto que el fallecimiento del espíritu y la esencia puede producirse —y se produce— a distintos ritmos, y puesto que, por ende, no existe una única Ley de Hierro del demicidio, los amigos de la democracia deben aprender a anticipar y afrontar su degradación, así como a trabajar por su renovación con matices y de formas plurales. Las tareas de la democracia militante —una expresión acuñada en la década de 1930 por Karl Loewenstein con el fin de describir el abanico de estrategias preventivas utilizadas para defender y avivar las democracias cuando se ven amenazadas por las fuerzas antidemocráticas (LOEWENSTEIN 1937)— exigen relatos lúcidos sobre cómo perecen las democracias. El compromiso de construir y preservar una democracia militante (aventurera y enérgica) no implica una fascinación perversa por el morbo. Al contrario: el conocimiento de los modos y ritmos variables de declive de la democracia sirve como dispositivo para captar alertas tempranas, una forma de detectar los primeros síntomas de demicidio a fin de poder encontrar formas de proteger y reforzar las democracias en apuros.

Pero no nos adelantemos; tengamos en cuenta, para empezar, el hecho principal, subrayado hace tiempo por Juan Linz y otros estudiosos, de que la muerte de las instituciones democráticas por recortes graduales es más habitual de lo que suponen los catastrofistas (LINZ 1978). Los dramas de alto nivel que se desarrollan *allegriissimo* y *furioso* son solo uno de los “ritmos” del demicidio. Resulta que la muerte de la democracia puede producirse *lentissimo* —lentamente—, mediante prolongadas y constantes acumulaciones de agravios políticos de alto nivel junto con maniobras directas. Pensemos en lo ocurrido el año pasado en Burkina Faso. Tras años de parálisis gubernamental, tensiones sectarias y violencia yihadista, varios miles de muertos, millón y medio de ciudadanos obligados a abandonar sus hogares, creciente descontento en el seno del ejército, motines en varios campamentos militares, múltiples remodelaciones del gabinete, resultados electorales controvertidos y meses de protestas antigubernamentales que exigían la dimisión del presidente Roch Kaboré, el denominado Movimiento Patriótico para la Salvaguarda y la Restauración anunció en directo en la televisión estatal que tomaba el control del país. Ocho meses después, con más del 40% del país aún bajo control de fuerzas no estatales, se produjo otro golpe de Estado.

Por supuesto, el demicidio a cámara lenta no es ninguna novedad. Sus raíces se remontan a hace al menos cien años; por ejemplo, a la destrucción

gradual de muchas democracias parlamentarias incipientes durante los años veinte y principios de la década de los treinta del siglo pasado. Pongamos como ejemplo el caso de Polonia, una nueva república desgarrada por las tensiones de la construcción de un Estado independiente, las guerras fronterizas y los apuros económicos. Sus dificultades políticas se vieron agravadas por enconadas rivalidades políticas y de liderazgo, así como por gobiernos de coalición inestables. El asesinato del primer presidente polaco, Gabriel Narutowicz, desembocó en un golpe de Estado urdido por Józef Piłsudski (mayo de 1926); con el respaldo de la policía y el ejército, las grandes empresas y los grupos de terratenientes, gobernó por decreto y amañó las elecciones hasta su fallecimiento, una década después.

En estos casos pasados y presentes —elegidos al azar—, el demicidio resultó ser un proceso prolongado, dolorosamente largo, a paso de tortuga, sujeto a vaivenes, avances, retrocesos y cambios de fortuna. Según lo que podría denominarse “la explicación gradualista”, las rupturas democráticas suelen verse determinadas en exceso; son el resultado de múltiples acontecimientos políticos que se entrecruzan. La explicación gradualista desvía con acierto la atención de los momentos de gran dramatismo político salpicados de cataclismos hacia la caótica y conflictiva dinámica subyacente que acaba provocando la caída del gobierno democrático. Los defensores de la interpretación gradualista convienen en que la democracia se define mejor en sentido estricto, como el autogobierno popular basado en la elección periódica de representantes, así como coinciden con la escuela catastrofista en que la desaparición de la democracia se produce cuando se producen graves rupturas del consenso dentro de las instituciones de gobierno de alto nivel. Sin embargo, las autopsias que ofrece el enfoque gradualista subrayan que el demicidio suele ser un proceso largo y prolongado impulsado por factores políticos, como los errores de cálculo de los líderes políticos, las conspiraciones entre bambalinas, los resultados de unas elecciones muy disputadas, las bravuconadas y la intervención de las fuerzas armadas.

La explicación gradualista hace hincapié en la astucia y creatividad de los actores políticos, además de en la indeterminación de la dinámica política. La muerte de la democracia jamás es una conclusión inevitable. La serendipia puede venir al rescate de la democracia: un demagogo muere de repente, se produce un terremoto, un banco se derrumba, se produce una derrota bélica; las cosas siempre pueden ir en más de una dirección. Parafraseando a Marx, el demicidio se produce porque lo eligen los actores políticos en circunstancias políticas que no dependen de ellos. De importancia crítica —según el argumento— son las amargas contiendas entre las fuerzas políticas que favorecen el mantenimiento o la reforma de un sistema político democrático y los sabotea-

dores a quienes no les importa su destino, o que anhelan activamente su derrocamiento. La explicación señala que en cualquier crisis democrática (la Alemania de Weimar de 1920, Bolivia a finales de 2019 o Perú en 2023) la dinámica política suele ser tormentosa, radicalmente confusa, con frecuencia aterradora y siempre plagada de incertidumbre. Un gobierno elegido democráticamente se vuelve impopular cuando se ve paralizado por los problemas sin resolver. Se genera un clamor para su dimisión. En la sombra, las fuerzas antigubernamentales traman planes para su deposición. La oposición desleal se manifiesta. Se propagan rumores descabellados, se teme una intervención militar exterior, se habla de conspiraciones y las protestas callejeras se tornan violentas. Ante los crecientes disturbios civiles, la policía, los servicios de inteligencia y el ejército se muestran inquietos. El gobierno electo responde otorgándose poderes de emergencia, prorrogando la legislatura, reorganizando el alto mando militar e imponiendo el cierre de los medios de comunicación. La situación entra en ebullición. Llega el momento del desenlace, a veces en forma de golpe de Estado constitucional: desafíos judiciales y victorias jurídicas contra el gobierno por parte de fuerzas que rinden homenaje a la constitución, pero que se esfuerzan por destruir tanto al gobierno como a la propia democracia constitucional. Las fuerzas del desorden y los enemigos de la democracia ganan fuerza. Los enfrentamientos encarnizados, las protestas violentas y las bombas llevan la situación a un punto de ebullición. Mientras el gobierno se tambalea, el ejército sale de sus cuarteles y toma las calles para sofocar los disturbios y asumir el control. El drama a cámara lenta se detiene. La democracia queda enterrada en la tumba que cavó ella misma poco a poco.

3. EL POPULISMO Y SUS DEMAGOGOS

Existe una variante de la explicación gradualista del demicidio centrada en las elecciones que constituye una tercera interpretación de cómo se produce el demicidio. Pone de manifiesto que la democracia perezca cuando un gobierno populista elegido democráticamente manipula de manera estratégica y destroza con astucia las instituciones de la democracia constitucional. Basándose en casos recientes como los de Hungría, Kazajstán, Serbia, Singapur y Turquía, *The New Despotism* (KEANE 2020) demuestra que las urnas pueden utilizarse para arruinar la democracia con la misma eficacia que las balas. Se necesita en torno a una década para que los juegos de tronos políticos de alto nivel y la demagogia populista perjudiquen las elecciones libres y justas, la integridad parlamentaria, los tribunales independientes, los medios de comunicación vigilantes y otras instituciones de la democracia monitorizada. Al principio, los espectadores inocentes

encuentran la dinámica desconcertante porque la zombificación del gobierno responsable se hace en nombre de la democracia. Sin oposición, el resultado es, no obstante, profundamente antidemocrático: una suerte de “Estado mafioso” (término acuñado por el sociólogo húngaro Bálint Magyar en 2016²) “capturado” y corrupto, característico del siglo XXI, dirigido por un demagogo y dominado por ricos “poligarcas” estatales y empresariales; una forma extrañamente despótica de democracia fantasma construida con la colaboración de periodistas dóciles, jueces serviles y los votos de millones de súbditos fieles. La transformación suele producirse con altibajos, al principio gradualmente, a cámara lenta. Luego coge ritmo. *El lentísimo* da paso *al prestísimo*.

Las turbulencias suelen estar coordinadas, inspiradas y encabezadas por demagogos, saboteadores populistas de la democracia expertos en el arte de dismantelar gradualmente los acuerdos de gobierno —incluidas las elecciones libres y justas— en nombre de la democracia. Se trata de una vieja dinámica. Los estudiosos del mundo griego antiguo señalaron hace tiempo el papel amenazador para la democracia que desempeñaban los demagogos como “falsos líderes del pueblo” (FINLEY 1962). A los contemporáneos les preocupaba que demagogos atenienses como Hipérbolo y Cleón (que solía abrirse paso ante la asamblea mientras vociferaba sus discursos) fueran fanáticos del poder sin principios. Se los veía como aduladores interesados que promovían facciones y agitaban la ley de la calle, a menudo con la ayuda de sicofantes, oradores profesionales que extorsionaban a los ciudadanos ricos —“sacudían las higueras para recoger sus frutos”— acusándoles de malas acciones. Como cabía esperar, Atenas y otras democracias asamblearias tempranas trataron de protegerse de los efectos antidemocráticos de la demagogia invocando medidas de seguridad como el ostracismo, el escrutinio público de la idoneidad de los funcionarios para el cargo (*dokimasia*) y la acción legal (*graphe paranomon*) contra los ciudadanos que proponían, de manera precipitada, mociones que contravenían las leyes vigentes.

Desde la época de la Revolución Francesa, la demagogia también asoló la era de la democracia electoral —pensemos en figuras como Juan Manuel de Rosas en la Argentina de finales de la década de 1820, o en el fogoso y campechano “Kingfish” Huey Long en los Estados Unidos de la década de 1930—, mientras que hoy día, en la era de la democracia monopólica, el populismo sigue siendo una enfermedad autoinmune de la democracia. Por supuesto, los demagogos de hoy en día operan en condiciones muy diferentes a las del pasado. Y, sin embargo, entre el pasado y el presente hay una notable continuidad de efectos. Actuando en nombre del “pueblo” —incluso afirmando que ellos son “el pueblo” (Jean-Luc Mélenchon)—, se aprovechan plenamente de los derechos pú-

² Ver también sobre la interpretación del Estado mafioso Vásárhelyi y Magyar (2017) y Magyar (2016).

blicos de reunión y asociación, así como de la libertad de prensa, para difundir sus discursos. Aúllan contra “el *establishment*” y denuncian a las “élites corruptas”. Piden al “pueblo” que ponga fin a sus miserias atreviéndose a heroicidades como “derribar el régimen” (*al-sha'b yureed*, las palabras clave de la revolución tunecina de 2011, fueron reutilizadas con maestría por el populista acaparador de poder Kais Saied durante sus discursos de la campaña electoral de 2019). La retórica se percibe como la quintaesencia de la democracia. Sin embargo, los especialistas actuales en las artes de la seducción política de la desafección son falsos amigos de la democracia. Al frente de un partido político con disciplina férrea que afirma tener conexión directa con “el pueblo”, los demagogos ponen sus miras en ganar las elecciones. Millones de personas descontentas encuentran atractivas sus promesas. Con dinero, determinación y suerte, sumados al desprestigio de los partidos en la oposición, les llega la victoria electoral. El jolgorio conquista las calles. Para millones de personas, la victoria en nombre del “pueblo” es dulce. El Gran Redentor demagogo está encantado.

Ganar tienta al gobierno a moverse más rápido, a flanquear y aplastar políticamente a sus oponentes. El ritmo del cambio se acelera. Con el respaldo de la policía, el ejército y los servicios de inteligencia, más la ayuda de pelotas de goma, cañones de agua y algunos gases lacrimógenos, el gobierno del “pueblo” comienza a reprimir a los manifestantes. Se prohíben las reuniones públicas y se censura Internet. Se producen detenciones. El partido en el poder, ayudado por astutas tácticas mediáticas y la mención constante a una oposición “corrupta”, se prepara para las próximas elecciones. El despotismo electivo (Thomas Jefferson) está en su programa. Las elecciones se convierten en plebiscitos tumultuosos. El líder supremo sigue hablando de “democracia” y de “pueblo”, a la vez que construye un sistema de clientelismo y concesión de favores para recompensar a los “amigos” y castigar a los “enemigos”. La política ya no consiste en negociar y llegar a un compromiso justo; degenera en espectáculos, trucos sucios y cosecha de votos por parte de un gobierno encabezado por un mesías demagogo. Al gobernar mediante trampas (SAJÓ 2021), el Gran Redentor promete al “pueblo” mejoras en su vida cotidiana. Se habla mucho de soluciones a los quebraderos de cabeza que suponen el desempleo, la inflación, el mal funcionamiento de los sistemas de transporte y la deficiente atención sanitaria. Dado que ganarse el corazón de los fieles seguidores es una prioridad, la política del *potlatch* resulta próspera. Hay ofertas de regalos materiales, como en el mes anterior a las elecciones húngaras de 2022, cuando el gobierno de Viktor Orbán presuntamente gastó en torno al 3% del PIB en pagos a determinados votantes, incluidas grandes bonificaciones a 70.000 miembros del ejército y la policía, devoluciones de impuestos a casi dos millones de empleados y un mes más de prestaciones a 2,5 millones de pensionistas.

Se utilizan todos los trucos populistas posibles: amenazas y sobornos en reuniones secretas, acuerdos con oligarcas empresariales, victorias judiciales, fábricas de troles y bombardeo de mensajes, silencio calculado y fuerza bruta. Se trata de succionar la vida de la democracia de poder compartido comprometida con el principio de igualdad. El gobierno dirigido por el Gran Redentor charlatán hace todo lo posible por concentrar el poder político en sus propias manos. Se arrima a magnates de los medios de comunicación como Rupert Murdoch, Gautam Adani o el multimillonario filipino Manuel Villar; ataca públicamente a los periodistas (“*prestittutes*”) y a los medios independientes. Se trata de neutralizar, politizar y secuestrar las burocracias de los servicios públicos, a los organismos reguladores independientes, a los gobiernos locales y a otras instituciones de control del poder. Los tribunales independientes son objetivos preciados; el cometido es magnificar los poderes del ejecutivo, otorgarle autoridad para debilitar o disolver parlamentos, y declarar “estados de excepción”. El gobierno del “pueblo” está impulsado por el apremio interno de destruir la democracia monitorizada: controles, equilibrios y mecanismos para escrutar y restringir públicamente el poder del gobierno y las empresas.

Se hacen preparativos para las próximas elecciones, pero estas ya son algo más que unas meras elecciones. Se convierten en elecciones sin democracia, rituales públicos, mascaradas de seducción política y celebraciones del imponente poder del Estado, avalado por los votos de millones de personas. Con todo, a medida que se acelera la transición hacia la democracia, ocurre algo más sorprendente. En manos del partido gobernante y de su déspota líder, la teatralidad en cuanto al “pueblo” tiene un efecto más siniestro: busca redefinir quién es “el pueblo”. Con la desesperación por afianzarse en el poder del Estado y la vista puesta en las siguientes elecciones, el partido gobernante reparte pan y rosas a seguidores e indecisos. Sin embargo, también juega sucio y no se detiene ante nada. Golpea con fuerza a sus “enemigos” objetivo. El gobierno difunde un lenguaje incívico, se mete en peleas políticas con sus oponentes, refuerza los controles fronterizos y construye vallas de alambre de espino contra los “extranjeros” y las influencias “foráneas”. Engaña y miente de manera impune; trata de persuadir a millones de seguidores de que viven juntos en una mentira y de que esta es un instrumento de resistencia a sus desgracias (SADURSKI 2022). Sus fieles órganos de prensa difunden rumores, exageraciones y patrañas.

La táctica de la campaña de recogida de firmas hace que surjan problemas sobre quién cuenta como “el pueblo”³. Arraiga un nuevo tipo de demogénesis. Difundiendo el temor a los enemigos internos, el Gobierno intenta

³ La táctica gubernamental de reforzar su apoyo eligiendo a un nuevo pueblo está esbozada en un poema sarcástico de Bertolt Brecht, “*Die Lösung*” [*La solución*; 1953], en *Poemas: 1913-1956* (Londres 1981).

condenar al ostracismo a quienes considera que no pertenecen al “verdadero pueblo” (Donald J. Trump). Se advierte a los “polacos de peor calaña” (Kaczyński) y a los que no son “húngaros de verdad” (Orbán). El Gran Redentor repite —una y otra vez— que el Gobierno goza del respaldo de un pueblo verdaderamente “soberano”. Pero ganar las elecciones significa crear un nuevo “pueblo”, un pueblo pasteurizado que —se dice— es la verdadera base de una verdadera democracia gobernada por un verdadero líder cuya fuerza proviene del verdadero “pueblo”. Es como si las elecciones se pusieran patas arriba. Es una dinámica al estilo de Alicia en el País de las Maravillas: el gobierno vota al pueblo. Así se completa el demicidio: la mariposa de la democracia se convierte en la oruga de un nuevo y extraño tipo de democracia fantasma dominada por el Estado. El resultado final no es una tiranía o una dictadura militar a la antigua usanza, ni un espectáculo de terror con un solo gobernante, como los antiguos llamaban a la autocracia; no debe confundirse con el fascismo o el totalitarismo del siglo xx. El resultado es despótico: un Estado corrupto dirigido por un demagogo y gestionado por políarcas estatales y empresariales con la ayuda de periodistas dóciles y jueces serviles; una forma de gobierno vertical con el respaldo que da la fuerza combinada del puño y la servidumbre voluntaria de millones de súbditos leales dispuestos a prestar sus votos a líderes que les ofrecen beneficios materiales y gobiernan con osadía en su sagrado nombre.

4. SOCIEDAD CIVIL

A ritmos graduales y acelerados, los juegos de tronos políticos de alto nivel y la demagogia populista tienen repercusiones ruinosas sobre las elecciones libres y justas, los partidos políticos competitivos, los parlamentos, los tribunales y otras instituciones de la democracia monopólica. No obstante, la experiencia debería enseñarnos que las democracias pueden morir de otras formas, y más lentamente de lo que han supuesto las explicaciones estadocéntricas que hemos resumido hasta ahora. La gran debilidad de las explicaciones de muerte súbita, gradualistas y demagógicas es que no tienen en cuenta los cimientos de la sociedad civil sobre los que se asientan las democracias, que las democracias descuidan por su cuenta y riesgo.

En las últimas décadas, la importancia democrática de la sociedad civil se ha ignorado con demasiada frecuencia o se ha tratado como una ocurrencia tardía, como sucede, por ejemplo, en *Cómo mueren las democracias*, de Steven Levitsky y Daniel Ziblatt (2018). Subestima el hecho de que la democracia es mucho más que una dinámica de alto nivel centrada en los partidos políticos, las elecciones, las legislaturas, los presidentes y primeros ministros, las buro-

cracias gubernamentales, la policía y las fuerzas armadas. Las instituciones del Estado siempre se basan en las interacciones entre millones de personas que viven su vida cotidiana en diversos entornos sociales mediados que van desde los hogares familiares, las amistades personales y las comunidades locales hasta los lugares de trabajo, los centros deportivos y de ocio y los lugares de culto; ahí es donde se hacen fuertes.

Clasificado entre los más distinguidos estudiosos de la democracia, mi maestro C. B. Macpherson se pasó la vida señalando que la democracia es un “tipo de sociedad”, toda una forma de vida comprometida con el principio de que las personas que se consideran iguales pueden “dar lo mejor de sí”. No se trata de un “mero mecanismo de elección y autorización de gobiernos”, señaló. El “principio igualitario inherente a la democracia” exige que en su vida cotidiana —incluidos los puestos de trabajo que ocupan—, las personas desarrollen y disfruten plenamente de sus capacidades tanto personales como colectivas. El cultivo de las relaciones sociales es “una condición necesaria para el desarrollo de las capacidades individuales”. La “maximización de la democracia” requiere que los ciudadanos gocen de la “ausencia de impedimentos” y de un “medio de vida adecuado”, además de “protección frente a la invasión de otros” (MACPHERSON 1973).

Considerada como una forma de vida, la democracia en los “niveles superiores” de gobierno solo puede funcionar de forma duradera cuando los ciudadanos “de abajo” viven en plenitud con arreglo a las normas de igualdad, libertad, solidaridad y respeto por las diferencias sociales. En nuestros tiempos, la democracia es una democracia monitorizada: se compone de elecciones periódicas más una multiplicidad de organismos de control que escrutan, comprueban y frenan públicamente a quienes ejercen el poder (KEANE 2009). Sin embargo, desde el punto de vista normativo, la democracia es también todo un modo de vida, una forma especial de interacción social y de autorrealización en la que se codean personas de diferentes ámbitos, se ven cara a cara, cooperan, transigen y, en general, se consideran iguales entre sí. Esto implica que el autogobierno del pueblo a través de sus representantes electos solo puede darse cuando los ciudadanos conviven de forma no violenta en diversas colectividades y comunidades sociales, y se tratan unos a otros como iguales merecedores de respeto y dignidad.

La democracia es mucho más que asistir a reuniones públicas locales, estar al día de las últimas noticias o votar; una democracia que funcione como corresponde ha de estar libre de violencia, hambre y humillaciones personales. La democracia consiste en decir no a la arrogancia descarada de empresarios insensibles que tratan a los trabajadores como meras mercancías y les deniegan el derecho a formar sindicatos independientes. Son trabajos que aportan

satisfacción y recompensa suficiente para vivir con comodidad. Por lo tanto, la democracia está reñida con el capitalismo desenfrenado: puesto que, como Karl Polanyi señaló hace tiempo, la mercantilización sin restricciones de los seres humanos y sus entornos naturales conduce de forma inevitable a “la demolición de la sociedad”, tanto el autogobierno popular como el propio capitalismo requieren funcionalmente la protección de la vida social frente a los estragos de la producción, el intercambio y el consumo (POLANYI 1945). La protección de la sociedad contra un poder depredador implica también el rechazo del racismo, la misoginia, el fanatismo religioso y el clasismo, así como todos los demás tipos de indignidad, tanto humana como no humana. La democracia implica ternura con los niños y respeto por las mujeres y las personas de distintas preferencias sexuales. La democracia es humildad. Es la voluntad de admitir que la temporalidad hace que toda vida sea vulnerable, que al final nadie es invencible y que las vidas ordinarias nunca son tales. La democracia trata de compartir y cuidar de los demás. Es la cruda voluntad de rechazar los prejuicios sobre la inevitabilidad de las injusticias sociales. Es la libertad frente al miedo a la violencia policial, el derecho a que no te asesinen, a no morir de adicción a los opiáceos o porque te rompan el corazón. Es la igualdad de acceso a un transporte público y una atención médica decentes, y la compasión por quienes se han quedado atrás. La democracia es el libre acceso a la información y un sentido aprendido del asombro ante el mundo. Es la capacidad cotidiana de manejar situaciones inesperadas y tomar decisiones con sensatez. Existe una afinidad electiva —como habría dicho Max Weber, algo así como una atracción recíproca, una convergencia vigorosa y un refuerzo mutuo— entre democracia y contingencia. Vivir de manera democrática implica rechazar el dogma de que las cosas no pueden cambiarse porque están “naturalmente” grabadas en piedra. La realidad se vuelve más maleable. Al despertar la insatisfacción respecto a las condiciones actuales y fomentar la esperanza en un futuro mejor, la democracia transforma las experiencias de la temporalidad. El presente y el futuro se vuelven a alinear. Se amplían los horizontes de las expectativas. Hay momentos en los que la democracia implica, por tanto, la necesidad de insurrección: el rechazo a soportar formas cotidianas de injusticia e hipocresía, idolatría y hostigamiento, esnobismo y servilismo, mentiras, patrañas y otras formas de degradación social.

El precepto de que la democracia es la lucha continua por defender los cimientos de la sociedad civil que ponen resortes en los pies de las personas liberadas de la maldición de la indignidad se ha destacado con gran elocuencia en los esfuerzos académicos más recientes por desarrollar un “enfoque de las capacidades” (SEN 1985). En la línea de C. B. Macpherson, subrayan la importancia democrática de maximizar las libertades de las personas para alcanzar

el bienestar común. Pero ahora viene la pregunta difícil: ¿qué le sucede a una democracia monitorizada de poder compartido cuando gobiernos, empresas y ciudadanos permiten que se dañen o destruyan sus bases sociales?

Un conjunto de respuestas a esta pregunta se ofrece en *To Kill A Democracy* (2021), mi reciente examen (con Debasish Roy Chowdhury) de algunas tendencias poco optimistas de la política india contemporánea. El libro presta especial atención a los circuitos de retroalimentación destructiva que vinculan la dilapidación de la vida social con la aniquilación de la política democrática y las instituciones de gobierno. Pone de manifiesto cómo el abandono prolongado o la decadencia a cámara lenta de la sociedad civil contradice y degrada abiertamente los elevados *ideales jurídicos* de las constituciones democráticas que prometen libertad, igualdad, justicia y solidaridad digna a toda la ciudadanía. Cuando la vida social se fragmenta y resquebraja en las sociedades civiles, los ciudadanos llegan a sentirse atrapados por un sentimiento de impotencia jurídica y de desconfianza hacia un poder judicial que, a su vez, se vuelve vulnerable a los ataques de la “juristocracia” (Recep Tayyip Erdoğan), la intromisión política y la captura del gobierno. Los grandes desequilibrios con respecto a la riqueza, la violencia generalizada, la hambruna y las oportunidades vitales de distribución desigual también ridiculizan el *principio ético* de que en una democracia las personas pueden vivir como socios ciudadanos con el mismo valor social. El sufrimiento social provoca que ese principio democrático sea toda una utopía —o lo convierte en una farsa grotesca—, conclusión a la que han llegado en el Túnez actual numerosos jóvenes y ciudadanos más pobres que carecen de leche, azúcar, aceite para cocinar y otros productos básicos (SADIKI y SALEH 2023). Una dieta inadecuada, una atención sanitaria pésima, la drogadicción y unas condiciones de vida peligrosas *incapacitan, reducen la esperanza de vida y matan a los ciudadanos*. El miedo a la violencia, la escasez diaria de alimentos y vivienda, y el sentimiento generalizado de falta de valor social *destruyen la dignidad de las personas*. La indignidad es una forma de violencia social generalizada. Nadie, ni siquiera las personas con formación, buenos empleos y patrimonio, escapa a sus garras. Todos sufren, ricos y pobres por igual. No obstante, la indignidad tiene repercusiones desastrosas en grupos ya de por sí vulnerables. Cuando millones de mujeres se sienten inseguras en compañía de los hombres, cuando los niños desnutridos lloran hasta quedarse dormidos por la noche, y los trabajadores que viven con salarios bajos se ven obligados a aguantar el desempleo y la inflación, es más improbable que las víctimas se consideren ciudadanos dignos de derechos, o capaces como ciudadanos de luchar por sus propios derechos, o por los derechos de los demás. Aplastados por la indignidad social, quienes carecen de poder se ven privados de autoestima. No cabe duda de que jamás debe subestimarse su capacidad para contraatacar

y provocar millones de motines contra los ricos y poderosos. Pero la cruda realidad es que la indignidad social mina la capacidad de los ciudadanos para mostrar un interés activo por los asuntos públicos. Los ciudadanos quedan reducidos a súbditos que se ven obligados a aceptar el caciquismo y el acoso cotidianos, a soportar restricciones de las libertades públicas básicas y a acostumbrarse al gran capital, la vigilancia, los asesinatos policiales y los militares en las calles.

El lento camino hacia el democidio no termina ahí, porque cuando un gran número de ciudadanos sufre indignidades sociales; cuando, en otras palabras, se engrosan las filas de las personas que se sienten “menospreciadas” (James Baldwin), se concede de hecho a los gobiernos una licencia para *gobernar de manera arbitraria*. Carentes de tiempo, recursos y autoestima, las personas humilladas se convierten en presas fáciles. Dan la espalda a los asuntos públicos y maldicen a los políticos y a la política. La queja se vuelve costumbre. Con todo, los oprimidos y los descontentos lo único que suelen hacer es revolcarse en el fango de la resignación. La desafección escéptica engendra servidumbre voluntaria. Desde la perspectiva de los ideales democráticos pueden ocurrir cosas igualmente siniestras. Alimentada por un ejército criminal de reserva de pobres, la sociedad civil puede volverse contra sí misma de un modo muy desagradable, como en México, donde la pobreza extrema (que padece al menos un tercio de los ciudadanos adultos) se combina con la corrupción cotidiana y la anarquía aderezada con el miedo y la sangre de asesinatos, desapariciones y niveles alarmantes de violencia mafiosa (KEANE 2017).

Cuando el tejido de la sociedad civil se desgarrar y hace jirones, los despreciados pueden anhelar, como alternativa, redentores políticos y un gobierno con mano de hierro. Los desfavorecidos pueden incluso unirse a ciudadanos más privilegiados para desear un mesías que prometa poner las cosas en su sitio dando más poder a los pobres, asegurando la riqueza de los ricos, librando al país de políticos corruptos, noticias falsas, terroristas, inmigrantes ilegales y otras personas que no pertenecen al país. *La demagogia* entra en escena. Los ciudadanos enardecidos por *el resentimiento* animan a los líderes a experimentar con las artes oscuras de la política despótica. Aprovechando los agravios y decepciones de la población, dirigentes como el presidente Kais Saied dejan de preocuparse por las sutilezas de la responsabilidad pública y el reparto constitucional del poder; prefieren los decretos. Se jactan de que están dándole la vuelta a todo, devolviéndole al “pueblo” su dignidad y ayudando a todo el país a recuperar su antigua gloria. Sin embargo, la arrogancia de los mesías tiene graves costes sociales y políticos. Cuando los gobiernos elegidos democráticamente dejan de rendir cuentas ante una sociedad civil fragmentada y debilitada por las desigualdades de riqueza, la irregular distribución de la atención

sanitaria, el desempleo y la baja moral, los gobernantes que disfrutaban de un poder desenfrenado son proclives a la ceguera y la ineptitud. Tienden a tomar decisiones descuidadas, absurdas e incompetentes. *La democracia institucional fracasa*. Y la democracia se convierte en una careta. Se celebran elecciones de forma periódica y se habla del “pueblo” todo el tiempo, pero la democracia empieza a parecerse a una máscara elegante que llevan los depredadores políticos ricos. Poco a poco, la sociedad civil se ve asfixiada por el Estado. Aclamado por medios de comunicación falderos y periodistas complacientes, prospera el gobierno de mano dura de magnates ricos y poderosos y de mesías populistas. *La democracia fantasma* se convierte en la nueva realidad.

5. LA VENGANZA DE LA TIERRA

La forma más lenta de demicidio —la degradación y destrucción de los entornos vitales en los que habitan los seres humanos en nuestro planeta— debería ser lo que más preocupase a los demócratas de todas las tendencias políticas en todas partes. Los estudios anteriores sobre cómo parece la democracia han hecho caso omiso sobre todo a las formas en que el espíritu y la esencia de la democracia mueren a cámara lenta no solo cuando los ciudadanos soportan indignidades como la violencia doméstica, una deficiente atención sanitaria, la intolerancia religiosa y racial, los delitos relacionados con armas de fuego y la escasez diaria de alimentos y vivienda, o cuando se ven obligados a vivir en zonas de sacrificio y sufren el aire viciado, el agua tóxica y otros tipos de injusticia medioambiental. Las democracias se juegan su desaparición cuando los ciudadanos y sus representantes sucumben a la imprudencia y la inacción humanas: cuando ignoran de manera irreflexiva y ciega las repercusiones antidemocráticas de los fenómenos meteorológicos extremos, la extinción de especies, las plagas y otras emergencias medioambientales, sino también cuando no comprenden que la democracia, el ideal más antropocéntrico jamás concebido, no tendrá futuro a menos que sus ideales y prácticas se despojen del prejuicio —de profundo arraigo— de que los “humanos” viven fuera de una “naturaleza” cuya dinámica es administrativamente controlable y comercialmente explotable para uso y disfrute del “pueblo”.

A fin de dar sentido a los efectos antidemocráticos de este “gran desvarío” (GHOSH 2016) es necesario, en primer lugar, enfrentarse con franqueza a los numerosos y preocupantes síntomas que los científicos y los grupos y redes de control público registran de forma minuciosa y que muchos ciudadanos empiezan a reconocer abiertamente. La más dramática de estas señales de advertencia es el ritmo rápido y despiadado. Como si se tratase de la venganza de la Tierra

contra sus destructores humanos, estos desastres naturales están marcados por aterradoras cualidades cuánticas que muestran una voluntad propia. Enormes incendios forestales se expanden sin control por campos y bosques, escupiendo ceniza negra e iluminando los cielos nocturnos con destellos de luz anaranjada y sangrienta. Olas de calor tan extremas que las carreteras y las vías férreas se curvan y se derriten. Sequías extremas. Megatormentas fluviales atmosféricas que desembocan en grandes inundaciones, aguas contaminadas y enfermas, corrimientos de tierras, ahogamientos y desplazamientos a gran escala de personas, animales y otros seres vivos. Estas convulsiones aceleradas perturban la normalidad socioeconómica y causan graves daños a los hábitats del planeta. Suelen tener más repercusión mediática que la ruina de nuestro entorno, más lenta, a menudo invisible, pero igualmente perjudicial. Paulatina desaparición de barreras de hielo y glaciares. Mortandad masiva de peces en ríos asolados, lagos que merman y desaparecen, y océanos que se calientan. Una inminente “primavera silenciosa” (CARSON 1962) en forma de apocalipsis de insectos causada por la pérdida forzosa de hábitats, la agricultura rebosante de pesticidas, los residuos tóxicos de las explotaciones mineras, las especies invasoras y el calentamiento global (una quinta parte de España sufre actualmente desertización; según un estudio realizado por Kent Wildlife Trust y Buglife, solo la población de insectos voladores ha disminuido casi un 60% en el Reino Unido durante los últimos veinte años, BALL *et al.* 2021). Daños irreversibles causados a los patrones de migración estacional, a las cadenas alimentarias depredador-presa y a los hábitats de nidificación y cría de especies por el estrés térmico, las mareas tormentosas, el aumento de la evaporación y la acidificación de lagos y océanos. Transmisiones silenciosas, invisibles e imprevisibles de virus zoonóticos. La lista del carril lento ya es larga y aumenta a velocidad de vértigo.

La creciente concienciación entre ciudadanos y representantes de que estas tendencias multirrítmicas amenazan la salud de nuestra biosfera planetaria, y de que se necesitan remedios urgentemente, constituye un avance político importante. Esta “ecologización” de la política es una novedad en la historia de la democracia, una importante tendencia política impulsada por la invención de decenas de nuevas formas mediáticas de control y representación pública de los ecosistemas del planeta. En la era de la democracia monitorizada, entre los ejemplos más conocidos de estas innovaciones de biorrepresentación se hallan los proyectos de ciencia ciudadana, las redes de vigilancia de los arrecifes de coral, los laboratorios de ideas ecologistas, las asambleas biorregionales, las cumbres Earth Watch, las huelgas climáticas, las flotillas por la justicia climática y organismos como el Global Virome Project, a la búsqueda de virus zoonóticos ya responsables de una larga lista de enfermedades, como el VIH, el ébola, el SARS, el zika y la gripe porcina. Existen bioacuerdos mundiales,

como el Convenio de Aarhus y el Convenio sobre la Diversidad Biológica, planes de renaturalización y ocupaciones al estilo zadista / ZAD (*zone à défendre*). Por primera vez en la historia de la democracia, se realizan esfuerzos que dan frutos para sistematizar y hacer cumplir los “derechos legales, poderes, deberes y responsabilidades” de los ecosistemas, como en la Ley Te Urewera (2014) de Nueva Zelanda (Aotearoa).

Estos mecanismos de vigilancia tienen tres principios de funcionamiento en común. Más evidente aún es que hacen un llamamiento a los ciudadanos, las empresas y los legisladores para que *pongan fin a los actos gratuitos de bio-destrucción*. Resulta significativa la manera en que redefinen el significado de democracia, de hecho exigiendo —por primera vez en su historia— que el derecho de representación pública se extienda a nuestros ecosistemas. Reconectan los mundos político y natural en lo que el pensador francés Bruno Latour denomina con acierto “parlamentos de las cosas” (LATOUR 2005). La democracia se libra así de su antropocentrismo. Pensemos en el influyente demócrata italiano del siglo XIX Giuseppe Mazzini, para quien la democracia consistía en el amor a la familia y a la patria, el don divino de una abundancia de delicias terrenales con el fin de que “el pueblo” disfrutara de “las facultades y poderes necesarios para la consecución del mismo grado de progreso” (MAZZINI 1891, 92). Consideremos ahora la forma en que un número creciente de demócratas ya no ven al “pueblo” como la cumbre de la creación, el poder soberano y la autoridad en la Tierra, los amos y poseedores legítimos de la “naturaleza”. En lugar de eso, se insta a los ciudadanos a reinventarse como seres humildes cuyo destino se halla profundamente intrincado con los ecosistemas en los que habitan. La democracia reverdece. Se redefine como un modo de vida que hace que el poder rinda cuentas públicamente, a través de instituciones representativas tanto electas como no electas, en las que los seres humanos y su biosfera se encuentran en igualdad y se consideran con el mismo derecho a una representación política adecuada en los asuntos humanos. Por último, y de igual importancia, es la forma en que los nuevos mecanismos de vigilancia cumplen una función preventiva: advierten de los peligros del *fracaso de la democracia*.

El “fracaso de la democracia” podría parecer una expresión extrañamente desconocida, pero piense por un momento en el modo en que los mercados no gobernados no suelen obtener resultados óptimos que redunden en beneficio de la sociedad en su conjunto; en su lugar, los “mercados libres” generan perjuicios como monopolios y oligopolios, desigualdades de renta y riqueza, estallido de burbujas financieras, escasez de bienes públicos y daños medioambientales. Al igual que los mercados no regulados fracasan, las democracias también tienen inclinación a malograrse. Mi libro *Power and Humility* (KEANE 2018) desarrolla la analogía al demostrar que, en ausencia de mecanismos públicos

independientes de vigilancia y aviso de escrutinio y restricción democráticos, surgen problemas en cuanto a las realidades humanas, sobre todo por lo que respecta al diseño y funcionamiento de megaproyectos, así como otros sistemas complejos de poder jerárquico. La democracia fracasa. La fusión nuclear de Fukushima y el vertido masivo de petróleo provocado por el fracaso del proyecto Deepwater Horizon de BP demuestran que la ecuación es casi matemática: sin mecanismos sólidos de rendición de cuentas, las poderosas organizaciones estatales y empresariales se convierten en cerebros de mosquito. La consecuencia —con más frecuencia de la que cabría esperar— se suele materializar en decisiones erróneas, presupuestos desorbitados, retrasos temerarios y catástrofes que repercuten negativamente en la vida de los ciudadanos y arruinan su hábitat medioambiental. De ahí la importancia histórica de preservar y reforzar los mecanismos de democracia monitorizada, además de los graves peligros que plantean las catástrofes ecológicas para su supervivencia.

¿Sobrevivirán los nuevos experimentos de vigilancia pública y biorrepresentación a la degradación de nuestros ecosistemas planetarios? Nadie lo sabe aún. El jurado no tiene claro si las fuerzas de la biorrepresentación son un caso de “tarde y mal”; o quizás si —en caso de que las condiciones empeoren— estos experimentos para dotar de derechos a nuestra biosfera serán barridos por las convulsiones medioambientales, la destrucción de especies y otras perturbaciones a cámara lenta. Por el momento, lo que está claro es que el debilitamiento y la destrucción de estos experimentos de control público contarían como el caso más flagrante de demicidio. Si la democracia, como señaló una vez Bruno Latour, “es aún más frágil que los ecosistemas de un arrecife de coral” (2002, 49), entonces las redes de vigilancia de los arrecifes de coral perderán sin duda su razón de ser cuando se produzca el blanqueamiento y la muerte de arrecifes enteros.

Pero eso no es todo. Hay otros efectos antidemocráticos que se pueden observar de manera más inmediata en relación con el expolio de nuestro planeta. Las inundaciones, los incendios, las plagas y las sequías extremas perjudican la democracia porque engendran un gobierno de emergencia por parte de la policía, el ejército y otros organismos gubernamentales que se nutren de los estados de excepción. Se registran muertos y heridos entre la población (las catástrofes meteorológicas se han quintuplicado en el último medio siglo y ahora arrebatan la vida a una media de 115 personas al día). Los ciudadanos temen por sus vidas. A los supervivientes se les pone en cuarentena, se les dice que mantengan las distancias con los demás, se les saca a rastras y empujones de sus viviendas y hábitats, supervisados por la policía y unidades del ejército, además de los servicios de emergencia. En estas situaciones de emergencia, los ciudadanos más irreductibles y altruistas hacen todo lo que pueden para hacer frente a

las catástrofes. La comida y la ropa se comparten. Los ancianos y los niños reciben consuelo. Durante los encierros, los ciudadanos golpean cacerolas y entonan canciones de solidaridad en balcones y aceras. Las catástrofes pueden sacar lo mejor de los ciudadanos: los medios de comunicación digitales se utilizan como medios de unión y enlace social, se convocan reuniones sociales en línea, fiestas para compartir una bebida y bodas, se hacen peticiones a los gobiernos, se utilizan Twitter y Facebook para recabar fondos y apoyo para quienes pasan hambre o sufren acoso. Con todo, las catástrofes pueden profanar la democracia, como señaló Tucídides en *Historia de la Guerra del Peloponeso* (431 a. C.) al describir cómo la fiebre tifoidea que mató a casi un tercio de los ciudadanos de la Atenas democrática causó estragos políticos. Mientras la gente moría “como ovejas”, los rumores que circulaban animaban a los supervivientes a vivir de forma temeraria, solo para sí mismos. Floreció la falta de respeto por la moral, “tanto por la religión como por la piedad” (TUCÍDIDES 1989, 166). El resultado fue una “mayor falta de respeto por las leyes” (TUCÍDIDES 1989).

Las catástrofes contemporáneas presentan efectos similares, a una escala habitualmente muy superior. El fenómeno meteorológico más extremo registrado hasta ahora (a principios de septiembre de 2022) en Pakistán demuestra lo rápido que la codicia, la corrupción, el miedo y la enfermedad pueden desgarrar el tapiz, los tejidos y los hilos de confianza y cooperación de la sociedad civil. Durante los fenómenos ambientales extremos, las maniobras de poder también abundan. El estado de excepción se normaliza: es lo que hay que soportar durante un tiempo y lo que, por “necesidad”, cabe esperar en el futuro. Así pues, la gubernamentalidad se instala en la vida de los ciudadanos: de forma lenta pero inexorable, en nombre de su “seguridad”, se incita al pueblo a acostumbrarse a la administración permanente de sus vidas. La solidaridad obligatoria (KOLAKOWSKI 1997), un tipo de solidaridad degradada por su imposición coercitiva, se normaliza, con la contribución de los intelectuales que alaban *el Leviatán* (1651) de Thomas Hobbes por su idea de que “la esencia de la política” es que “algunas personas pueden decir a otras lo que tienen que hacer”. David Runciman añade: “Durante un confinamiento, las democracias revelan lo que tienen en común con otros regímenes políticos: también aquí la política es, en última instancia, poder y orden” (RUNCIMAN 2020).

Uno de los peligros más graves de estos episodios de estado de excepción, salvo que se les oponga resistencia, es la “rigidez” de un poder concentrado y arbitrario. Como medidas temporales, los confinamientos y la prohibición de boicots y reuniones públicas se convierten con facilidad en disposiciones permanentes. El poder concedido es poder otorgado; y el poder cedido es poder que difícilmente puede reclamarse de nuevo. El gobierno de emergencia acostumbra a la gente a la subordinación; es el germen de la servidumbre

voluntaria. Los ciudadanos se transforman en súbditos mansos y gruñones. Cabizbajos, preocupados solo por ellos mismos, aceptan la sumisión como su destino, ciegos a las nefastas perspectivas de futuro de la democracia. La vigilancia democrática abierta del poder arbitrario se viene abajo. La democracia se convierte en su peor enemigo. El despotismo se transforma en el futuro en potencia de la democracia.

Hay otra víctima de los desastres naturales: entre sus efectos menos evidentes —pero más profundos— está la forma en que, de manera lenta e imperceptible, destruyen el *ethos*, las costumbres y convenciones vividas de la democracia. La desfiguración de nuestra biosfera deforma el “espíritu” (Montesquieu) de la democracia. Libros como *La peste* (1948), de Albert Camus, y *Ensayo sobre la ceguera* (1997), de José Saramago, nos recordaron hace tiempo que las épocas de plagas socavan las virtudes públicas y sacan lo peor de la humanidad. Su argumento se aplica a todos los desastres ecológicos, rápidos y lentos. Precisamente porque penetran en profundidad en los biomas en los que viven las personas, estos cataclismos resultan más perturbadores y trágicos que las contiendas carentes de urbanidad representadas en el infame estado de naturaleza de Hobbes. La brutalidad humana se agrava por la destrucción biométrica. Los seres humanos se ven abocados a la liminalidad más profunda posible; ni siquiera los biomas en los que habitan pueden darse por seguros. La ruina es total: se destruye la fauna y la flora; los animales quedan mutilados y desconcertados por la pérdida de su hábitat: el ritmo de destrucción de especies de abajo arriba se acelera y aumentan las posibilidades de colapso del ecosistema. Ni siquiera están a salvo los gusanos, arañas, saltamontes y otras diminutas criaturas autóctonas que habitan con humildad y honorabilidad en la base de nuestros biomas locales. Tampoco los humanos. La igualdad ecuaníme se sustituye por lo que pueden denominarse rivalidades biométricas. Cada uno por su lado, sálvese quien pueda: ricos contra pobres, fuertes contra débiles; florece la indiferencia, la agresividad o la hostilidad descarada hacia los demás. El reparto equitativo de la carga —una práctica vital para la democracia— se tira por tierra. La injusticia medioambiental (acceso desigual al aire, al agua, al sol y a la sombra) se convierte en la nueva normalidad. Prosperan la violencia contra las mujeres, el miedo, el caciquismo, la intimidación y la avaricia más mezquina. Es como si los demás seres humanos, su tacto, su aliento y su cuerpo, su mera existencia, se repugnaran entre sí. Se destruye una sensación democráticamente compartida de bienestar en el mundo. Lo mismo sucede con las virtudes estéticas que tienen una afinidad electiva con los usos y costumbres de la democracia monitorizada de reparto del poder. La degradación del medio ambiente destruye poco a poco la humilde ética del asombro ante las bellezas y los ritmos misteriosos en cuya creación no ha intervenido el hombre (CAR-

SON 1987). La destrucción de los biomas engendra profundos sentimientos de angustia y luto silencioso: *solastalgia* es el neologismo acuñado por el pensador australiano Glenn Albrecht para captar el modo en que la gente se siente abrumada por el dolor y la inseguridad, los sentimientos de impotencia y el temor a que sucedan más calamidades (ALBRECHT 2007).

6. AUTORRESTRICCIÓN

Concluamos este repaso de cómo perecen las democracias, rápida y lentamente, recordando una idea del distinguido sociólogo Norbert Elias, quien ya observó que, en cuestiones de poder y violencia, la forma política conocida como democracia requiere funcionalmente un grado mucho mayor de autocontrol que cualquier otra forma de gobierno. Mediante el rechazo del prejuicio de que la moderación equivale a debilidad, indecisión, oportunismo y cobardía, sugirió que la democracia constituye la evitación del fanatismo y el exceso, el arte erudito de recortar y frenar los abusos de poder mediante un conjunto singular de disposiciones institucionales y constitucionales. Argumentó que, cuando prima el autogobierno no violento en este sentido, la democracia de hecho “representa un nivel superior de civilización”. Su tesis de que cualquier democracia territorial “requiere un grado de autocontrol por parte de quienes pertenecen a ella, una medida de autocontrol que no es fácil de introducir y que supera con creces las exigencias comparables que plantea un régimen dictatorial” (ELIAS 1996, 292⁴), adquiere un significado completamente nuevo cuando se contempla desde el punto de vista de la problemática de cómo mueren las democracias, y cómo pueden revivir y prosperar.

Según los términos de Elias, el demicidio encarna el triunfo del poder desatado, el ejercicio desenfrenado del poder por parte de unos pocos sobre las personas y los biomas en los que habitan. La repentina supresión de la democracia mediante un golpe de Estado militar, el desmantelamiento más gradual del autogobierno —a veces por demagogos que actúan en nombre del “pueblo”— y la violencia social a cámara lenta infligida a los ciudadanos por oligarcas ricos y poderosos son ejemplos de las múltiples formas y *tempos* en que se produce el demicidio. No obstante, existe otro tipo de poder arbitrario desbocado que puede dañar y destruir la democracia. Cuando los ciudadanos y representantes de un orden político determinado, declaradamente comprometidos con la democracia, no ejercen un autocontrol prudente en sus encuentros con la biosfera, están pidiendo a gritos que surjan problemas. La democracia se autolesiona. No solo se inflige violencia a sí misma, sino también a los nidos

⁴ Sobre la autocontención del poder ver Elias (1996) páginas 292-297.

biológicos y geoquímicos que son su hogar. Al tolerar los fenómenos de extinción, el calentamiento planetario, la acidificación de nuestros océanos y la tala de bosques enteros, la democracia se arriesga a su propia desaparición.

Plantear el demicidio de esta manera, como un poder desatado e irrestricto, tiene importantes implicaciones en la forma en que entendemos el vínculo entre el tiempo y la democracia. Los demócratas no solo han de prestar mucha atención y estar pendientes de los múltiples *tempos* a los que se debilita y destruye la democracia. Deben comprender también que, cuando la democracia perece, también se destruye la sensibilidad a los diversos ritmos que desencadena. La democracia no es “por naturaleza” un gobierno miope *pro tempore*, como se suele afirmar⁵. Cuando prosperan las instituciones y los modos de vida democráticos, en realidad incitan tanto a los ciudadanos como a sus representantes a comprender que la medición mecánica del tiempo del presente es solo un modo de calcularlo, y a ver y sentir la importancia política de otras nociones del tiempo —que se manifiestan, por ejemplo, en las luchas por proteger las concepciones indígenas del tiempo profundo, en la política de la justicia reparadora y en el cuidado de las generaciones futuras—. Cuando mueren las democracias, se extinguen también esos diferentes modos de tiempo vivido a través de los cuales los ciudadanos pueden, en potencia, vivir bien como iguales, en universos paralelos del tiempo.

En materia de estrategia política, la línea de análisis que se esboza en este ensayo también tiene implicaciones poco ortodoxas sobre cómo reflexionar sobre los enemigos de la democracia; entendidos en términos de *tempos* diferentes y a menudo entrecruzados, los enemigos de la democracia no solo incluyen a generales del Ejército, operadores políticos traicioneros, demagogos populistas y políarcas ricos y amantes del poder que hacen caso omiso a la importancia de la sociedad civil y la igualdad social porque suponen que el capitalismo de “libre mercado”, generador de riqueza y que asume riesgos, es un bien innegociable e incondicional. Sucede que quizá los enemigos más peligrosos de la democracia sean los ciudadanos irreflexivos, los grupos e instituciones que viven negando la destrucción de la biosfera, quienes detentan el poder y los súbditos fieles que se ciñen a sus guiones y generan distanciamiento; que suponen, en nombre de la democracia, que pueden ignorar o ir de farol por el mundo durante unas cuantas décadas más, cuando (como advierten *American War* de Omar El Akkad y otras novelas distópicas) puede que sea demasiado tarde para reparar el daño que han contribuido a acumular en nuestro planeta.

⁵ Compárese la opinión de que la democracia es miope, “parcial en cuanto al presente”, presentada por Thompson (2010) y la descripción y valoración normativa de una democracia de muchos ritmos en Keane (2016).

A MODO DE CONCLUSIÓN

Un punto de partida: pensar en el democidio como un poder desatado y desenfrenado a diferentes ritmos constituye un desafío crítico a las interpretaciones “institucionalistas” de la democracia centradas en las elecciones y en el Estado. Resulta que estas interpretaciones ortodoxas de la democracia y su caída pertenecen al mismo paradigma, a una forma de pensar que está perdiendo relevancia y carece de la capacidad de comprender las formas en que las democracias pueden destruirse de manera gradual al descuidar a largo plazo tanto la sociedad civil como los cimientos ecológicos sobre los que descansan. En esta época de creciente ansiedad sobre el futuro de la democracia, sus amigos deberían prestar atención al modo en que el democidio puede producirse a paso de tortuga: a través de la intersección a cámara lenta y nada espectacular de la privación social y el deterioro medioambiental. La democracia es mucho más que apretar un botón o marcar una casilla en una papeleta electoral; va más allá de la certeza matemática de los resultados electorales, de la regla de la mayoría y las listas de derechos de las minorías. No se reduce a gobernar de manera legítima mediante tribunales independientes o a asistir a reuniones públicas locales y ver las noticias de última hora garabateadas en una pantalla. Guiada por el espíritu de igualdad y el rechazo al poder depredador, la democracia encarna una auténtica forma de vida a cuyos delicados fundamentos geosociales no se presta atención o se descuidan por su cuenta y riesgo. La democracia perece a cámara lenta —un democidio al ritmo extremadamente lento del *adagissimo*— no solo cuando los ciudadanos padecen sufrimientos como el racismo y el fanatismo religioso, la persecución de los homosexuales, el desempleo, la escasez de alimentos y la falta de vivienda. Las democracias también se autodestruyen cuando los ciudadanos y sus representantes se entregan a una ilusión, a la irreflexión —tan extremadamente humana— que les impide ver que los fenómenos meteorológicos extremos, las plagas y otras emergencias medioambientales engendran acaparamientos de poder al tiempo que les acostumbra a un gobierno de emergencia, y que la democracia no tendrá futuro a menos que sus ideales y prácticas abracen el principio realista de que “el pueblo” habita en un planeta cuyos propios ritmos vivos y moribundos piden reconocimiento y respeto democráticos a gritos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALBRECHT, G.; SARTORE, G. M.; CONNOR, L.; HIGGINBOTHAM, N.; FREEMAN, S.; KELLY, B.; STAIN, H.; TONNA, A. y POLLARD, G. 2007, "Solastalgia: the distress caused by environmental change", *Australasian Psychiatry*, 15: 95-8.
- AMITAV, G. 2019, *The Great Derangement: Climate Change and the Unthinkable*, Chicago: University of Chicago Press.
- BALL, L. 2021, *The Bugs Matter Citizen Science Survey: Technical Report*, Maidstone y Peterborough: Buglife. Recuperado en: <https://cdn.buglife.org.uk/2022/05/Bugs-Matter-2021-National-Report.pdf>
- CALLAGHAN, N.; FOLEY, R. y SWILLING, M. (ed.) 2021, *Anatomy of State Capture*, Stellenbosch: African Sun Media.
- CARSON, R. 1962, *Silent spring*, Houghton Mifflin Harcourt.
- CARSON, R. 1987, *The Sense of Wonder*, Nueva York: Harper Collins Publishers.
- CHOWDHURY, D. R. y KEANE, J. 2021, *To Kill a Democracy: India's Passage to Despotism*, Oxford: Oxford University Press.
- FINLEY, M. 1962, "Athenian Demagogues", *Past and Present*, 21: 3-24.
- HAMID, S. 2022, *The Problem of Democracy: America, the Middle East, and the Rise and Fall of an Idea*, Oxford: Oxford University Press.
- ELIAS, N. 1996, *The Germans: Power Struggles and the Development of Habitus in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, Nueva York: Polity Press.
- KEANE, J. 2016, "A New Politics of Time". *The Conversation* (3 de diciembre de 2016). Recuperado de: <https://theconversation.com/a-new-politics-of-time-69137>
- KEANE, J. 2017, "México: The Cactus Democracy". *The Conversation* (18 de julio de 2017). Recuperado de: <https://theconversation.com/mexico-the-cactus-democracy-81025>
- KEANE, J. 2018, *Power and humility: The future of monitory democracy*, Cambridge: Cambridge University Press.
- KEANE, J. 2020, *The new despotism*, Harvard University Press.
- KOLAKOWSKI, L. L. 1997, *Modernity on endless trial*, Chicago: University of Chicago Press.
- LATOUR, B. 2002, *War of the Worlds: What About Peace?*, Chicago: Prickly Paradigm Press.
- LATOUR, B. 2005, "From Realpolitik to Dingpolitik; or, How to Make Things Public", en Bruno LATOUR y Peter WEIBEL (ed.), *Making Things Public: Atmospheres of Democracy*, Cambridge: Mit Press, 14-41.
- LEVITSKY, S. y ZIBLATT, D. 2018, *Cómo mueren las democracias*, Barcelona: Ariel.
- LINZ, J. 1978, *The End of Democracy. The Breakdown of Democratic Regimes: Crisis, Breakdown, & Reequilibration*, Baltimore y Londres: The Johns Hopkins University Press.

- LOEWENSTEIN, K. 1937, "Militant democracy and fundamental rights", *American Political Science Review*, 31(3): 417-32.
- MACPHERSON, C. B. 1973, "Democratic theory: Essays in retrieval", *Philosophical Review*, 84(2): 304-6.
- MAGYAR, B. y VÁSÁRHELYI, J. (ed.) 2017, *Twenty-Five Sides of a Post-Communist Mafia State*, Budapest: Central European University Press
- MAGYAR, B. 2016, *Post-Communist Mafia State: The Case of Hungary*, Budapest: Central European University Press.
- MAZZINI, J. 1891, *God and The People: The Religious Creed of a Democrat*, Londres: Hazell, Watson & Viney.
- MOUNCK, Y. 2019, *The People vs Democracy: Why Our Freedom Is in Danger and How To Save it*, Londres: Cambridge.
- POLANYI, K. 1945, *Origins of Our Time: The Great Transformation*, Londres: Victor Gollancz.
- RUNCIMAN, D. 2017, *The Confidence Trap: A History of Democracy in Crisis From World War I Until the Present*, Princenton: Princeton University Press.
- RUNCIMAN, D. 2019, *Así termina la democracia*, Barcelona: Paidós.
- RUNCIMAN, D. 2020, "Coronavirus has not suspended politics - it has revealed the nature of power", *The Guardian* (27 de marzo de 2020). Recuperado de: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2020/mar/27/coronavirus-politics-lockdown-hobbes>
- SADIKI, L. y SALEH, L. 2023, "The Fight for Democratization in Kais Saied's Tunisia: A Battle of Populisms?", *Rethinking Populism* (30 de enero de 2023). Recuperado en: <https://rethinkingpopulism.net/the-fight-for-democratization-in-kais-saieds-tunisia-a-battle-of-populisms/>
- SADURSKI, W. 2022, *A Pandemic of Populists*, Cambridge: Cambridge University Press.
- SAJÓ, A. 2021, *Ruling by Cheating*, Cambridge: Cambridge University Press.
- SEN, A. 1985, *Commodities and capabilities. Lectures in economics: Theory, institutions*, Amsterdam: Policy
- SEN, A. 1985, "Well-being, agency and freedom: The Dewey lectures 1984", *The journal of philosophy*, 82(4): 169-221.
- SEN, A. 2009, "Capability: Reach and Limit", en E. CHIPPER-MARTINETTI (ed.), *Debating Global Society. Reach and Limit of the Capability Approach*, Milán: Fondazione Giangiacomo Feltrinelli, 15-28.
- THOMPSON, D. F. 2010, "Representing future generations: political presentism and democratic trusteeship", *Critical review of international social and political philosophy*, 13(1): 17-37.
- TUCÍDIDES 1989, *Historia de la guerra del Peloponeso*, Madrid: Alianza Editorial.

WELLS, H. G. 1932, *After Democracy: Addresses and Papers on the Present World Situation*, Londres: Watts & Co.

WELLS, H. G. 1932, *Project of a World Society*, The New Statesman and Nation.